

## CAPÍTULO XIII

### EL CALVINISTA Y EL MUNDO

Una de las metas del autor al escribir este libro es delinear la posición del Cristiano como criatura cultural en relación con el mundo. Esto es importante pues la actitud de uno hacia el mundo refleja la relación de uno con Cristo, para y por quien fueron creadas todas las cosas (Juan 1:2; Apoc. 4:11; Col. 1:16), por quien son todas sustentadas (Heb. 1:3), y por medio de quien son reconciliadas con el Padre (Col. 1:20). Pues Dios estaba en Cristo reconciliando *al mundo* consigo mismo (II Cor. 5:19) dice Pablo, y los Samaritanos le reconocieron como el Salvador *del mundo* (Juan 4:42). Por tanto el hombre como criatura de Dios y conquistador del mundo permanece por siempre entre estos dos polos: Dios y el universo, Cristo y el mundo. Por un lado, la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad de los hombres (Rom. 1:18) y todo el mundo está bajo el juicio de Dios (Rom. 3:19); pero, por otro lado, los santos tienen la promesa de que juzgarán al mundo (I Cor. 6:2). Esto indica algo de la ambigüedad de la situación, indicando los variados usos del término “mundo” en la Escritura.

Los Cristianos han sugerido varias soluciones al problema creado por esta ambigüedad. Algunos poseen la mente peregrina, pura y simple; ellos miran al mundo como un mal que ha de ser soporado, pero están viajando hacia su hogar celestial y no pueden quedarse excepto una sola noche. No están para nada interesados en la cultura; comen su pan con dolor y llaman a los hombres al arrepentimiento. Otros sostienen que la lujuria de la vida es básicamente sana; trabajan con el sudor de su frente, por cierto, pero disfrutan de las cosas del tiempo y de los sentidos en tanto que estas no estén prohibidas por la Palabra. Ellos creen que el hombre tiene, sobre la base de la gracia común, mucho en común con el no-creyente, incluyendo no nada más el sol y la lluvia sino también los productos culturales y las bendiciones de la civilización. Estos disfrutan de la hospitalidad de la tierra y la belleza del mundo como la obra de las manos de Dios, pero también los logros de la cultura y de la sociedad de los hombres. Aún otros toman básicamente la aproximación del guerrero y buscan ganar el mundo para Cristo y vencer al mundo a través de la fe. Para uno el humor

predominante es de pena y trabajo duro en este valle de lágrimas; para otro es uno de gozo y expectación entusiasta; y para un tercero es uno de absoluta determinación. Por un lado, se tiene lástima del mundo y se le esquiva; por el otro, es disfrutado y compartido; y en el tercer caso este se vuelve un lugar de conflicto y esfuerzo. El mundo puede ser evitado, aceptado o atacado. Los hombres se consideran a sí mismos mártires, apreciadores o testigos, y obreros. Y el hecho realmente notorio acerca de todo esto es que en cada caso se ofrece la Escritura como prueba. Por un lado, se señala que este mundo está en el maligno (I Juan 5:19); por el otro lado, que Dios ama al mundo y no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo fuese salvo por él (Juan 3:16, 17). Pero, aunque Dios ama al mundo, se les prohíbe a los creyentes amarlo (I Juan 2:15), y el que es un amigo del mundo es un enemigo de Dios (Santiago 4:14). Cristo es por quien el mundo existe (Heb. 1:3) pero afirma que no ora por el mundo (Juan 17:9). El mundo es el campo receptivo para la siembra de la palabra, pero odia al Sembrador, Cristo (Mat. 13:38; Juan 7:7) porque testifica que sus obras sus malas.

Sin embargo, sería un error atroz concluir en que la Biblia nos presenta una teología contradictoria con respecto al mundo, favoreciendo un punto primero y luego desmintiéndolo en el mismo momento. Debe entenderse claramente que el mundo es proyectado bajo diferentes aspectos. Pues hay una gran diferencia si uno piensa del mundo como creado y sobre el cual se hizo un pronunciamiento como bueno al amanecer de la historia, o si el mundo yace bajo el juicio por causa del pecado. ¿Es el mundo el producto del principal arquitecto y cons-

tructor, Dios, declarando la gloria de su hacer, o es el patio de recreo de demonios, la provincia de Satanás y el vestíbulo del infierno? ¿Debe pensar uno con respecto al mundo como un libro grande y maravilloso en el cual todas las criaturas, grandes y pequeñas, aparecen como letras revelando las cosas invisibles de Dios, o es la hoja de hacer garabatos del Diablo cuyo propósito es hacer caricaturas?

Para mantener un balance apropiado y también una apreciación solidaria con las perspectivas de otros, debemos recordar que el término “mundo” tiene varias connotaciones en la Escritura. Es aquí, si es que en alguna parte, donde aparece al balance del Calvinismo. Pues el Calvinista, como se ha afirmado previamente, es quisquilloso en tomar la totalidad de la verdad, en seguir la Palabra hacia dondequiera que ésta conduzca.

La Biblia nunca presenta el estrecho dilema de lo uno o lo otro con respecto al mundo, sino que requiere tanto esto como aquello. Un Cristiano es al mismo tiempo un peregrino y extranjero, y un obrero y guerrero que aprecia los maravillosos dones de Dios y los usa para la gloria de Dios. Un seguidor de Cristo será movido con compasión por el mundo, pero también se apartará con disgusto; amará y odiará, se dedicará y eludirá, se consagrará y abominará según los requerimientos de la situación. Por lo tanto, es imperativo que la enseñanza bíblica con respecto al “mundo” sea examinada algo más en detalle, con el propósito de llegar a una claridad de concepción en la materia.

Entonces, en primer lugar, el mundo es presentado en la Escritura como un

ornamento, moldeado por el Artista divino en el acto de la creación para su propio deleite (Col. 1:17; Apoc. 4:11; Sal. 19:8; Job 38-41; etc.). Como tal el mundo es un cosmos, una pieza sinfónica de arte, un resplandor armonioso del divino creador, exactamente lo opuesto del caos y la discordancia. En relación con el tiempo se designa al mundo como *aeon*, pues es no solamente una obra de arte, sino también historia; tiene tanto una dimensión vertical como una horizontal. Dios hizo este maravilloso mundo para sí mismo (Prov. 16:4; Apoc. 4:11) y es un espejo de sus perfecciones, no solo en el acto creativo sino también en su existencia continua. Dios ama este mundo, toda su realidad oculta e invisible, la totalidad del universo estelar pues es su posesión (Juan 3:16; Sal. 50:12; Sal. 103:22). Pero a través del pecado este mundo perdió su armonía de manera que gime y se queja de dolor (Rom. 8:22), esperando su redención junto con los hijos de Dios (vss. 19-22). Pero Dios amó de tal manera al mundo que envió a su Hijo (Juan 3:16) para reconciliar todas las cosas con el Padre (Col. 1:20) de manera que Cristo se convirtió en la propiciación por el pecado de todo el mundo (I Juan 2:2). Esta doctrina de ninguna manera niega o pone en peligro la enseñanza Calvinista de la expiación limitada y la elección soberana. Si uno no tiene entendimiento para este sentido primario del término “mundo” y lo interpreta como refiriéndose al mundo de los hombres, lógicamente llega al universalismo, la enseñanza de que todos los hombres son salvos. El argumento de los Arminianos de que Cristo murió por todos, pero que solamente aquellos que eligen a Dios son salvos, insulta el carácter soberano de Dios y niega su poder para ejecutar lo que ha querido. Pero debemos ver el

mundo como la creación original de Dios que no será destruida sino que es reconciliada y salvada, como lo sostiene la Biblia (II Cor. 5:19; I Cor. 7:13), aún cuando su forma pase, pues habrá un nuevo cielo y una nueva tierra en los cuales la justicia morará para siempre. Este mundo es el punto de interés del Hijo de Dios, dado que tiene su unidad y coherencia en él (Col. 1:17). Él es el Logos de la creación (Juan 1:2) y la Sabiduría de Dios que llega a expresarse en el hermoso libro de la naturaleza (Prov. 8; Job 28:28). Este mundo, que Dios ama y Cristo salva, no es malo, sino que sufre, sin embargo, los efectos del pecado, debido a su cercana conexión con el hombre, a quien Dios constituyó rey de la creación en el principio. Pero Cristo, quien es un Redentor cósmico, ha venido para librarlo de la esclavitud y corrupción del pecado junto con los hijos de Dios, lo cual es llamado la restauración de todas las cosas (Hch. 3:21). Hasta aquel tiempo las canciones del Sabbath de la creación se hallan *sub voce*, pues los pecadores aún estropean la tierra. Sin embargo, el profeta-poeta del Antiguo Testamento (todo lo contrario del miope predicador de avivamiento metido en su concepción dualista de espíritu versus materia, que busca meramente salvar almas para poblar el cielo), eleva un *Aleluya* frente a la expectativa de ver la tierra limpia de pecadores (Sal. 104:35) para quienes no hay lugar en la ciudad de Dios (Apoc. 22:14, 15).

¿Cuál será la actitud del Cristiano hacia este “mundo,” que es la creación del Padre? Sería bastante impropio aplicar las palabras de advertencia del Apóstol Juan, “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo” (I Juan 2:15). El mundo, que Dios ama y Cristo salva, es en realidad el

objeto adecuado de amor en tanto que no tome el lugar de Dios y se convierta en un ídolo. Pues esto es incluso cierto de los miembros de la familia de uno – no podemos amar a padre o madre más que a Cristo, pero sin embargo, hay un apropiado nivel de amor para los hombres y para las obras de Dios. No debemos ni despreciar ni deificar la creación, sino que debemos usarla en el servicio a Dios como uno de sus buenos dones (I Cor. 7:22, 21). Cristo, quien es nuestra cabeza, ha colocado todas las cosas a nuestra disposición, y él gobierna sobre todo para la causa de su cuerpo, la iglesia. Por lo tanto, Calvino, aunque enfatizó el aspecto del peregrinaje de nuestras vidas, siempre colocó gran énfasis sobre el llamado a usar los buenos dones de Dios con gratitud, evitando tanto la abstinencia como la licencia (*Institución*, III, 19). El mundo material no es malo sino que es el taller en donde el creyente ejecuta el mandato cultural con todos los hombres. Toda criatura de Dios es buena y es santificada por la Palabra y la oración (I Tim. 4:4, 5). Este aprecio por la creación de Dios también debe incluir al cuerpo, pues este es templo del Espíritu Santo (I Cor. 6:19), y la ordenanza del matrimonio, establecida en la creación, no ha de ser despreciada (I Tim. 4:3). Toda forma de negación ascética de la naturaleza como mala en sí misma es una perversión de la verdad de que Dios es creador del cielo y de la tierra y que Cristo es Señor sobre todo. La creación y la recreación por medio del Espíritu nunca pueden ser separadas, o presentarseles oposición, como los aspectos inferior y superior de la realidad. El Cristiano no es más que hombre, sino que se convierte en una nueva criatura en Cristo aunque aún permanece en el mundo. También continúa sujeto a las ordenanzas de la creación como

miembro de una familia, el estado y la sociedad. Como tal está sujeto a las leyes civiles, prescripciones sociales y a la tradición. Pero todas estas relaciones naturales en el mundo son ahora santificadas por medio de Cristo, de manera que se casa en el Señor, procrea hijos en el pacto, y trabaja con todas sus fuerzas como para el Señor. El nuevo hombre en Cristo busca obedecer el mandamiento del Apóstol de usar el mundo pero de no abusar de él (I Cor. 7:31), porque la forma de este mundo pasa. Esto se aplica a todos los objetos de la naturaleza y todo lo que Dios ha hecho para el dominio cultural del hombre. El Cristiano ha sido hecho libre por medio de Cristo para amar la ley de su Dios y es dirigido por el Espíritu de Dios hacia una obediencia gozosa. Rechaza la filosofía sombría de aquellos que exclaman, “no manejes, ni gustes, ni aún toques,” quienes están sujetos a ordenanzas acordes con los mandamientos de hombres (Col. 2:20-23). Sin embargo, es igualmente firme contra todos aquellos que confunden la libertad con la licencia y siguen el lema Epicureano, “Comamos y bebamos que mañana moriremos” (I Cor. 15:32). Todo esto señala al hecho importante de que no somos solamente poseedores, sino solo administradores de esta tierra y de sus riquezas, ¡pues de Jehová es la tierra y su plenitud! Por tanto, la totalidad de la actividad del hombre bajo el sol, no es para sí mismo, sino para el Señor: trabajo y juego, comer y beber, comprar y vender, procrear hijos y entregarlos en matrimonio, edificar casas y vivir en ellas.

Para concluir, el mundo de Dios, el universo creado, es un objeto de amor y de gozo. Este es el lugar donde Dios quiere al hombre como su criatura cultural, y el

hombre no tiene derecho de evadir el mundo o de odiarlo, pues de ese modo negaría su llamado y sería un rebelde. Pues Dios ha colocado aquí a su criatura para ser su colaborador en cumplir la ley de la creación y los propósitos creativos del Maestro Artista.

En segundo lugar, existe una especie de uso neutro del término “mundo” cuando se refiere al mundo habitado sin referencia a la calidad de los hombres. Cuando Lucas nos dice que el César envió un decreto por todo el mundo para ser gravados con impuestos él está refiriéndose a este mundo de los hombres (Luc. 2:1). Cuando los enemigos de Jesús se refirieron a la popularidad del despreciado rabino de Nazareth, deploraron el hecho de que todo el mundo se iba tras él (Juan 12:19). Cuando los hombres de Tesalónica quisieron describir la obra de Pablo y Silas dijeron, “Estos que trastornan el mundo entero también han venido acá” (Hch. 17:6). Cristo vino al mundo no para condenar al mundo (Juan 12:47), sino para precipitar una crisis (Juan 9:39). Vino al mundo como un enviado por el Padre. Él a su vez envía a sus discípulos a este mundo habitado por los hombres (Juan 17:18), para reclutar de este mundo a aquellos a quienes el Padre le ha dado (Juan 17:6), siendo el mundo el campo de operaciones (Mat. 13:38), en el que los discípulos deben aparecer como luz (Mat. 5:14).

En tercer lugar, está la connotación ético-espiritual en el término “mundo,” que lo coloca en contra de Cristo y de su iglesia de manera antitética. Este es el mundo que fue condenado por la predicación de Noé antes del diluvio (Heb. 11:7). Este mundo no conocía a Dios (I Juan 3:2; I Cor. 1:21), ni a su Hijo (Juan 1:10), sino que crucifica-

ron al Señor de gloria (I Cor. 2:8). Este mundo está bajo el maligno (I Juan 5:19), y su sabiduría es locura para Dios (I Cor. 1:21), y tiene a Satanás como su príncipe (Juan 12:31; 14:30; 16:11). Este presente mundo malo (Gál. 1:4), del que Cristo ha liberado a los suyos, odia y oprime a aquellos que pertenecen a Cristo (Juan 16:31; I Juan 3:13). Su mente está en antítesis directa y absoluta a la de Cristo (I Cor. 2:12; II Cor. 6:14-16; 10:5), pues tiene su afinidad y su solidaridad con Satanás (I Juan 5:19), mientras que la iglesia vive en y a través de Cristo, quien es su vida (Col. 3:4; Gál. 2:20). Este mundo está en enemistad con Dios y es carnal (Rom. 8:7, 8); para él la predicación de la cruz es locura (I Cor. 1:18). Entonces, puede ser definido como la masa de la humanidad alienada de Dios por medio del pecado y que vive tras los deseos de la carne. Por naturaleza todos los hombres pertenecen a este mundo, puesto que todos están muertos en delitos y pecados y son hijos de ira (Efe. 2:1, 2) hasta que Dios en su misericordia les da vida en Cristo y les coloca en lugares celestiales (vss. 4-6). El mundo no entiende el juicio (Prov. 28:5), y los hombres malos no saben en qué tropiezan (Prov. 4:19); su camino será trastornado (Sal. 146:9), y los pecadores serán consumidos de la tierra (Sal. 104:35). Pablo dice de los mundanos malvados que detienen con injusticia la verdad (Rom. 1:18) por tanto Dios los entregó a pasiones vergonzosas (vss. 26ss.) y a una mente reprobada, castigando así el pecado con pecado, “el fin de los cuales será perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza; que sólo piensan en lo terrenal” (Fil. 3:19). Este es el mundo en toda su rebelión impía y malvada, desnuda y horripilante, contra el Dios del cielo.

\* \* \*

La cuestión pertinente que debe ser enfrentada en esta coyuntura es la de la actitud del creyente y uso de este “mundo” en el sentido ético-religioso que es empleado por la Escritura. Ciertamente no es un asunto fácil determinar el uso exacto de la Escritura en esta materia, pero debieran ser claras las líneas principales bosquejadas arriba. Sin embargo, algunas veces uno de los escritores de la Sagrada Escritura usará todos los tres sentidos en uno de sus escritos y puede usar dos de ellos de manera intercambiable. Este es el caso de Juan cuando cita las palabras de Jesús que se aplican al mundo ecuménico, es decir, al universo habitado, del cual Cristo llamó a aquellos que el Padre le había dado (vs. 6), y por quienes ora. Pero no ora por el mundo en general. Sin embargo, Cristo no ora que estos sean sacados del mundo, esto es, en su sentido ecuménico. Pero al mismo tiempo Cristo dice que el mundo les odia, porque no son del mundo, como tampoco él es del mundo. Aquí Cristo claramente se refiere a este *presente mundo malo* bajo el dominio del Diablo, que vive en enemistad con el Padre.

Este mundo es básicamente un mundo de hombres, no de cosas. Sin embargo, los hombres tienen ideas, producen ideologías y crean una cultura, que puede decirse que les pertenece. En ese sentido el mundo tiene un carácter y un ser como un todo. Lamec y sus hijos hicieron la vida más confortable al inventar tiendas para habitar, instrumentos musicales y forjar el hierro. El impulso en los hijos de Caín de hacer de este mundo su hogar con el propósito de olvidar su condición desesperada siempre ha sido más fuerte que el impulso de los

hijos de Dios, quienes buscaban una ciudad que tiene fundamentos en los cielos. Pues los hijos de este mundo buscan su Paraíso restaurado aquí y ahora. Por tanto, han dirigido todos sus esfuerzos y usado todas sus energías en esta búsqueda para sojuzgar la tierra para regir sobre ella y para gratificarse en su bondad. Ahora, la producción de instrumentos musicales y el uso de ellos no es malo, pero la cuestión simplemente es si estas cosas son usadas en el servicio a Dios (note que no digo adoración, pues el servicio a Dios es mucho más amplio que los actos de adoración), es decir, si la dirección de la vida del usuario es piadosa o impía, pues todo lo que no es de fe es pecado. Puesto que los creyentes no pueden salirse del mundo y son miembros de la raza está llamada a hacer fructificar la tierra, sus labores están a menudo indisolublemente entrelazadas con aquellos del mundo (quienes odian a Dios). Este es el caso en la ciencia y la industria, las invenciones y la prevención de enfermedades. Tal cooperación no contamina al hombre más que el comer la comida sin las manos lavadas, pues del corazón mana la vida. El desarrollo de la industria moderna y el progreso de la ciencia moderna no son del diablo, pues son el resultado de la energía creativa del hombre ejercida sobre la naturaleza, la cual es dada por el Espíritu de Dios. Las cosas que el hombre produce en sus esfuerzos culturales no son en sí mismas pecaminosas. Pertenecen a la *adiaphora* (las cosas indiferentes) de las que habla Calvino, para ser usadas a discreción como lo demande la ocasión. Una casa o un carro, exactamente como un caballo o un campo, una radio o un televisor, un cuchillo o un traje, pueden ser usados ya sea en servicio a Dios o en servicio al príncipe de este mundo. Pero el tono de una cultura está determinado por

el espíritu que anima a los usuarios. Como fue antes señalado, tenemos en común el impulso para el logro cultural y también los materiales y el terreno, pero un espíritu diferente anima a los hijos de la luz que a aquellos que están en este mundo. Pues este *presente mundo malo* (Gál. 1:4) vive en un estado de rebelión contra el Hijo, por quien el Padre gobierna todas las cosas. Y usa todos los logros culturales de la raza para proclamar su independencia y para expresar su enemistad contra el ungido del Señor.

Esta enemistad llega a expresarse en los patrones culturales del mundo (cf. Lamec, quien tomó dos esposas e inició la poligamia), a los cuales el creyente no puede conformarse (Rom. 12:2). Lamec desafió a Dios y a la ordenanza divina de la creación de la monogamia. Él expresó su desprecio por la ley de Dios en su tristemente célebre canción de la espada y estableció el paso para la glorificación y gratificación de la lujuria, que es todavía el material de comercio de Hollywood. De esta forma la mente carnal es glorificada y el hombre, deshumanizado. Y la parte trágica de esta degeneración de la raza es que los hijos de Dios algunas veces imitan al mundo en estos patrones culturales. Ellos también quieren actuar de una manera irresponsable y desconsiderada con las ordenanzas sagradas con respecto al matrimonio y la crianza de los hijos. David y Salomón practicaron la poligamia, por ejemplo, oscureciendo así el asunto entre los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas de manera que los profesores contemporáneos de psicología, incluso en universidades Cristianas, dejan a los alumnos en un dilema en cuanto a los requerimientos de la Palabra de Dios, sobre la base de que los

santos del Antiguo Testamento no se conformaron a la monogamia. De hecho esta es una flagrante confusión de la autoridad histórica y la autoridad normativa de la Escritura. Pues David cayó en los nefastos pecados de lujuria y homicidio, por lo cual recibió un grave castigo del Señor de manera que la sangre no se apartó de su casa. Pero aunque la Escritura reporta los pecados de los santos, no los aprueba. El reporte del pecado tiene autoridad histórica, pero no tiene valor normativo para nuestras vidas excepto por vía de advertencia y admonición. Salomón, al menos, se convirtió en un testigo indeciso de la gracia de Dios por su idolatría, fomentada por su poligamia, y David fue un hombre conforme al corazón del propio corazón de Dios, no porque tomó muchas esposas, sino porque caminó humildemente con su Dios en general y debido a su celo por la casa de Dios.

Pero mientras principalmente reyes y hombres ricos en la antigüedad fueron capaces de seguir el patrón mundano, en nuestros propios días el miembro común de iglesia está continuamente siendo sometido a los atractivos seductores del esquema mundano de cosas y un estilo de vida no-Cristiano. Las películas de Hollywood, más las colonias de artistas en nuestros centros culturales, y los grandes de esta tierra están haciendo resonar con claridad su impiedad a través de todos los medios modernos de comunicación. La cultura impía está siendo diseminada a través de la televisión, la radio, las revistas ilustradas, los libros éxitos de venta, las novelas de bolsillo que se venden en las farmacias, y la fotografía pornográfica, de manera que el mundo afecta al pueblo de Dios desde cualquier ángulo, y muchos están sucumbiendo a sus sutiles

insinuaciones. Especialmente los jóvenes son susceptibles de las seducciones del mundo a través de estos medios, dado que la iglesia es débil en su aproximación al problema de la cultura, y a menudo acepta de manera no crítica el patrón mundano, debido a que no aprecia las implicaciones totales de su credo para la vida en su plenitud.

Pero, con toda seguridad, la Palabra de Dios no guarda silencio sobre estas cosas. Aunque Dios ya no requiere el exterminio del mundo malvado como fue el caso con los Amalecitas, los Cananitas y los profetas de Jezabel, sin embargo, la antítesis permanece, y el amigo de Dios debe ser un enemigo del mundo no vaya a ser que se halle siendo un enemigo de Dios (Santiago 4:4). Esto también fue claramente revelado en su momento en el Antiguo Testamento, y no es contradicho por las relaciones amistosas de Abraham con Aner, Escol y Mamre, el uso que hizo David de Hiram y sus habilidades para reunir materiales para la casa de Dios, o el empleo que dio Salomón a dotados trabajadores para hacer ciertas cosas que los Israelitas no eran capaces de hacer en la construcción del templo. Me refiero a la condenación de la alianza entre Josafat y el malvado Acab, el hombre que se había dedicado a cometer iniquidad en Samaria. Esta alianza fue consumada por el matrimonio de Joram, hijo de Josafat con Atalía, hija de la malvada Jezabel. Este hombre posteriormente asesinó a todos sus hermanos y caminó en el camino de los reyes de Israel, aunque su padre buscó al Señor Dios de su padre David. Acab, quien era un político de primer rango, había abrumado a Josafat con honores, de manera que este último dijo en respuesta a la invitación de ir a la guerra con Acab contra Siria, “Yo

soy como tú, y mi pueblo como tu pueblo.” Pero él olvidó el pacto, que había sido quebrantado por Acab. Le fue recordado esto a su regreso a Jerusalén, después de su milagroso escape de la trampa puesta para él por su astuto “amigo” (cf. II Crón. 18), cuando el profeta Jehú, hijo de Hanani, le encontró con este anuncio de parte de Dios: “¿Al impío das ayuda, y amas a los que aborrecen a Jehová? Pues ha salido de la presencia de Jehová ira contra ti por esto” (II Crón. 19:2). Aquí, por todas partes, se enuncia un principio normativo por el profeta del Señor. Esta no es una prescripción de la moralidad del Antiguo Testamento, sino un principio normativo duradero para la gran batalla espiritual entre la simiente de la mujer y la de la serpiente. David lo expresa aún más intencionadamente cuando clama en el ardor de su amor, “¿No odio, oh Jehová, a los que te aborrecen?” (Sal. 139:21).

Aquí nos encontramos de regreso a la expresión de una antítesis absoluta – amor versus odio. El que ama a Dios no puede amar al mundo, sino que debe odiarlo. La idea de que un hijo de Dios es animado solo por el amor es claramente antibíblica y un invento del modernista, quien tiene un Dios de amor, pero no de santidad y justicia; pero nuestro Dios es un fuego consumidor (Heb. 12:29). Cristo, quien vino para destruir las obras del maligno, hizo una absoluta separación entre aquellos que estaban por él y aquellos que estaban en su contra (Mat. 12:30). Él habló de sus enemigos como una generación de víboras, quienes siendo malos, eran incapaces de hablar el bien (Mat. 12:34), siendo hijos de su padre, el diablo (Juan 8:44). Pero todos aquellos que son de la verdad, dijo Cristo, escuchan mi voz (Juan 18:38). Hay aquí una antítesis



absoluta: por un lado, los hijos de Satanás, un Mentiroso, por el otro lado, los hijos de Cristo, la Verdad. Cristo coloca su reino en absoluta contradicción al reino de este mundo, cuando dice, “Mi reino no es de este mundo.” De allí que la vida del ciudadano del reino de los cielos difiera *in toto* de la del ciudadano de este mundo. Aquellos que son seguidores del Cordero deben permanecer en proximidad física al mundo malo, pero tienen vida eterna, que es algo totalmente diferente en esencia de la existencia presente de aquellos que no conocen a Dios. Pues Dios, el Padre, les ha otorgado su amor, de manera que se han convertido en hijos de Dios en el sentido especial de haber sido restaurados a su compañerismo y servicio. Así, son restaurados a la imagen de dios, teniendo verdadero conocimiento, santidad y justicia (Col. 3:10; Efe. 4:24) “El que cree en el Hijo tiene vida eterna” (Juan 3:36); sin embargo, debe progresivamente ser conformado a la imagen de Cristo (Rom. 8:29) y debe mantenerse a sí mismo sin mancha del mundo (Santiago 1:27). De allí la fuerte admonición del apóstol Juan: “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (I Juan 2:15, 16). El mundo vive por la mente carnal, los deseos de los ojos y de la carne y la vanagloria de la vida (I Juan 2:17). Pero, dice Pablo, no podemos conformarnos a este patrón pecaminoso de vida, sino que más bien debemos ser transformados por la renovación de la mente (Rom. 12:2). De hecho, Pablo usa una figura aún más fuerte cuando dice que el creyente debe ser crucificado al mundo y el mundo a él (Gál. 6:14). ¿Qué significa esto? Simplemente que así como la cruz es un espectáculo horrible de una muerte llena de sufrimiento e ignominiosa, así el mundo debe ser para el Cris-

tiano una cosa aborrecible (esto es, este mundo malvado), y el Cristiano, por su parte, parecerá ser un inadaptado, un tipo raro, al que el mundo aborrece – el creyente es crucificado a la vista del mundo. El mundo, a pesar de sus palabras bonitas (cf. Ghandi y otros hombres religiosos), odia al Cristo de Dios; le quieren fuera del camino y tiene para él solamente una cruz. Y aquella cruz es la ofensa y piedra de tropiezo aún hoy.

¿Pero qué del impacto positivo del Cristiano? Cristo dijo, “Yo soy la luz del mundo... Yo soy el camino, la verdad y la vida, nadie viene al Padre sino por mí,” estableciéndose de esta manera a sí mismo como la suprema autoridad religiosa. ¿Debiera el Cristiano vacilar en afirmar la finalidad de Jesucristo como el único camino al Padre? Están aquellos que llaman a esto una aproximación absolutista. Es esta intolerancia del Cristianismo la que no es tolerada por el mundo, y es claro que nunca fue tolerada por los registros de persecuciones que la iglesia soportó a través de su larga historia. Pero alguien podría protestar y decir, “De lo que ahora estás hablando es de un asunto puramente religioso, donde las líneas pueden trazarse claramente, pero en la situación cultural la cosa no es tan simple.” Ciertamente, no es simple, no es fácil, no se llega a ella sin un estudio profundo y un análisis investigativo. Pero básicamente la antítesis es tan absoluta en la cultura como lo es en la esfera de la religión, pues cultura es simplemente el servicio a Dios en nuestras vidas; es religión exteriorizada. Aquí el gran peligro amenaza otra vez, el de separar nuestras convicciones religiosas de nuestra expresión cultural de religión. Y este es el gran divorcio fatal del cual la iglesia ha sufrido por tanto y por

largo tiempo.

La tesis es que si cuando los Cristianos, individualmente y como comunidad, afirman el reinado de Jesucristo en el mundo (este presente mundo malo, alienado de Dios el Padre), el mundo no meramente se opondrá a tal confesión sino que odiará a aquellos que hacen esta confesión y les perseguirá de variadas maneras. Naturalmente, no estoy diciendo que una pura perorata Cristiana inofensiva que proclame un programa de beneficencia social y, al final, proclame también la salvación para todos, vaya a ser odiada. Pues ningún hombre odió jamás a su propia carne, y el mundo reconoce a los suyos. Pero los verdaderos hijos de Dios, debido a que condenaron las obras del mundo, han sido odiados y perseguidos desde el tiempo de Abel y Daniel hasta hoy. El odio no siempre se expresa en el acto abierto del asesinato, el foso de los leones, o el puño cerrado de los Nazis y sus campos de concentración. Hay una forma de odio más sutil, y quizá, al fin más destructiva que se expresa al ignorar al discípulo de Cristo. La cultura moderna no toma en cuenta las afirmaciones Cristianas; en el mejor de los casos el Cristiano recibe una mirada de lástima. Esto es odio refinado, culturizado, y es diabólico. El odio silencioso del mundo contra el Cristo de Dios, que llega a expresarse en el concepto de neutralidad tal y como se aplica en el campo de la educación, las artes, las relaciones laborales, el periodismo, etc., es el más destructivo de todos y el más difícil de combatir, puesto que la oposición se encoge de hombros y afirma la neutralidad como su asilo de tolerancia. Y muchos creyentes todavía sucumben a las seducciones del enemigo, cuando este se pone el camuflaje de la neutralidad. Pues

suenan tan justo darle a todo hombre una oportunidad sobre una base igualitaria; a muchos les parece un verdadero signo de tolerancia si uno no comienza a partir de un prejuicio religioso. ¿Y para qué predisponer el caso? ¿Por qué hacer enemigos innecesariamente? ¿Quién soy yo como para pensar de mí mismo como alguien que tiene un “rincón” en la verdad? ¡Qué orgullo Farisaico insufrible es este! Y con más de tal sofismo satánico el discípulo de Cristo es finalmente silenciado y empujado a su fortaleza de la salvación del alma, dejándole el dominio total de la cultura al “mundo.” Pero, cuando el creyente acepta y vive por el concepto de neutralidad, ha cometido traición a la causa de Cristo. La Escritura no permite neutralidad con respecto a las demandas de Dios y de su Cristo. Pues la afirmación de neutralidad asume que el tema es independiente de Dios hasta el punto que puede con seguridad, con impunidad, no hacer caso de las demandas del Señor. La Biblia no permitirá esto. Ningún hombre tiene el derecho de ignorar a Dios; de hecho, Dios es la Presencia siempre presente, ineludible, que ningún hombre puede ignorar. Por tanto, el concepto de neutralidad del mundo es una forma de negación; en efecto dice, “Dios, mantente alejado de mi puerta; puede arreglármelas lo suficientemente bien por mí mismo.” Esta es la filosofía de Esaú, una persona profana. La neutralidad es profanidad, es impiedad, forma la mente secular, que trata de hacer de la religión una cosa aparte de la vida. ¡Pero esto es blasfemia!

Por lo tanto, el creyente en su oposición al mundo, debe ver que la así llamada “unión neutral” es un enemigo de la cruz de Cristo exactamente de la misma forma en que cualquier líder del partido Comu-

nista maldiga a la iglesia y a su Rey. Pues el postulado de neutralidad de la unión involucra una maldición tácita sobre el Ungido, a quien el Padre envió al mundo y por quien ahora gobierna sobre todas las cosas, puesto que le ha dado al Hijo un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios el Padre (Fil. 2:9-11). Los sindicatos de nuestros días no están un paso más atrás de aquellos de quienes el Salmista testifica que consultaron unidos en contra del Señor y de su ungido (Sal. 2). Naturalmente, nadie debiera ser lo suficientemente irrealista como para pensar que los líderes de la industria y los grandes magnates poderosos de las finanzas estén más inclinados a sujetarse a las demandas de la Palabra. Por tanto, el Cristiano tiene un llamado cultural en contra del mundo de testificar contra su carácter impío. Está siempre el peligro de que pierda la perspectiva apropiada debido a la mentalidad de peregrino y al complejo de mártir que algunas veces obsesiona a los discípulos de Cristo, debido al odio del mundo. Pero la vida del Cristiano no es simplemente que resista algo que debe ser soportado, una carga que llevar, sino que es un llamamiento santo. Más de esto en otro capítulo.

Finalmente, es imperativo, en relación con esto, considerar el fenómeno de la mentalidad orientada al mundo. En contra de este pecado la Escritura advierte al creyente sin dejar lugar a dudas, “¡No améis al mundo!” ¿Pero ven los Cristianos claramente que la prohibición Juanina declarada positivamente realmente significa que uno debe odiar al mundo? ¿Y que este mundo es el viejo Adán que debe ser mortificado dentro del corazón de cada santo-pecador que

confiese que Cristo es su Salvador? Pues las obras de la carne deben ser exterminadas. Hay una ley en mis miembros en guerra contra la ley de mi mente (Rom. 7:23), que me trae a cautividad, de la cual Cristo debe liberarme una y otra vez. La mundanalidad no es asunto de cuestiones externas sino del corazón, del cual mana la vida. Un Cristiano puede usar el uniforme de su país, saludar a la bandera, comer y beber los alimentos, usar las ropas y vivir en las casas de la cultura prevaleciente sin fijar su corazón en las cosas del mundo. Naturalmente, se debe observar la admonición apostólica a la modestia en el vestido y a la sobriedad en la totalidad de la vida. Pero debe entenderse claramente que la prohibición contra la conformidad al mundo es un asunto espiritual; atañe a la mente que está en nosotros, el pensar, amar y odiar, desear y aborrecer, hacer y refrenar. Básicamente el Cristiano debe tener cuidado con las ideologías del mundo. Y estas ideologías llegan a expresarse en las ropas que uno usa, la casa que decora y embellece, el uso o abuso de la propiedad y la actitud hacia el cuerpo y sus apetitos. Está también la mente mundana en el asunto de la procreación y crianza de los niños. La Escritura sostiene que los hijos son una herencia del Señor; y que los hijos de la juventud son como saetas en manos de un hombre fuerte; “Bienaventurado el hombre que llenó su aljaba de ellos; no será avergonzado cuando hablare con los enemigos en la puerta” (Sal. 127:4, 5). Pero el ideal cultural de este mundo es restringir el número de hijos para que puedan ser mimados y disfrutados, pero para que ellos no interfieran con los placeres de los padres, sexuales o de otro tipo. El creyente cría a su hijo en el temor del Señor, pero el mundano vive con temor del niño y el panel de expertos que hace del hombre la

medida de todas las cosas salta de un extremo al otro en su psicología infantil.

Si los creyentes están conscientes de su herencia supra-mundana, no serán fácilmente movidos o desviados de su llamado celestial en el asunto de criar a los niños, que es indudablemente el desafío cultural más grande al que el creador ha llamado al portador de su imagen. Pues, en este caso, no somos solamente los administradores de tiempo y de talento, de la naturaleza y sus fuerzas, sino de portadores de la propia imagen de Dios, quienes tienen un destino eterno, cuya cultura permanecerá deficiente, y, en tanto que no conozcan a Dios, se quedará corta en alcanzar el verdadero fin de la creación del hombre. No obstante, muchos “Cristianos” parecen tan poco conscientes de su herencia celestial, y se han destetado tan poco de las cosas de la tierra, que aceptan implícitamente el patrón y los estándares del mundo con respecto a la recreación, hacer el amor, la producción y la apreciación de arte, la conducta social y otra multitud de fenómenos culturales. Pero una nueva criatura en Cristo (II Cor. 5:17), quien pertenece a su fiel Salvador por el tiempo y la eternidad (*Catecismo de Heidelberg*, Resp. I), debe tener cuidado de no correr según el mundo. El enamoramiento con el mundo, incluso en el vestido, los modales, los deportes, a menudo refleja el descuido de aquellos que no están en guarda contra el enemigo, y la temeridad de aquellos que no reconocen la antítesis básica entre la iglesia y el mundo, como enemigo de Dios. La única cura positiva para la mundanalidad es la renovación de la mente, por medio del Espíritu, en obediencia a la Palabra. Este será verdaderamente el deseo más íntimo de todos aquellos que tienen la mente de Cristo (I

Cor. 2:16). Pues el Cristiano tiene nuevas percepciones, puesto que ha renunciado a las obras ocultas de las tinieblas y a la sabiduría de este mundo por la locura de la cruz de Cristo. En el análisis final, no hay sino dos patrones según los cuales uno puede planear su vida, el de Cristo y el del mundo. Puesto que el creyente está siendo progresivamente transformado a la imagen de Cristo, es imperativo que su cultura refleje esta metamorfosis.